

se expliquen, siempre serán, como dice San Dionisio, la más nueva de las novedades (1).

En cuanto á aquellos de vosotros que se extrañan del plan de la creacion y lo niegan porque hallan en él dificultades, yo les saldré al encuentro más tarde; por de pronto me contento con decirles aquellas palabras de Basilio de Seleucia: «donde Dios obra, lo imposible cesa,» y aquellas otras de un teólogo piadoso: Los que niegan la Encarnacion, son á mi parecer ingratos más bien que incrédulos. Sienten más deber tanto á Dios que creer: los espanta, no la grandeza de la obra, sino la grandeza del beneficio (2).

(1) In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus ut notum fuerit nobis sacramentum voluntatis suae secundum.

(2) Qui ergo incarnationi obtrahunt ingrati magis quam increduli, mea quidem sententia sunt; tantum debere Deo magis quam credere tergiversantur; deterret illos, non tam operis, quam beneficii pondus et magnitudo. (Thomassin, de Incarnatione Verbi, Lib. I. cap. II, 74.)

CONFERENCIA XXVI.

LA HUMANIDAD EN ADAN.

MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Al concebir Dios el plan general de su obra, previó la invasion del pecado, y consiguientemente á esta prevision, decretó la encarnacion de su hijo en una carne pasible y mortal, y ordenó este misterio á la redencion del género humano. Muy lejos de perder por eso en majestad, se muestra aún más grande, su plan se extiende, y el Verbo encarnado se nos presenta en él más hermoso. Es bien sabido que la eficacia de la encarnacion reparadora debe extenderse á toda culpa cometida por el hombre. Sólo nuestra malicia puede poner obstáculos á la misericordia é impedir su misterioso y saludable encuentro con la justicia. «La sangre de Jesucristo, dice San Juan, puede lavarnos de todo pecado» (2).—El Salvador se ofreció en expiacion por nuestros pecados,

(1) Mr. el coadyutor, y Mr. Dupanloup, obispo de Orleans.

(2) Sanguis Jesuchristi emundat nos ab omni peccato. (I Joann. capitulo I, 7.º)

y no por nuestros pecados personales únicamente, sino por los del mundo entero: *Ipsæ est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi* (1). No obstante, señoras, hay un pecado al cual más directa é inmediatamente va dirigida la eficacia de la redención, según los designios de Dios; no porque sea más grave que los que en nuestra voluntad se cometen, sino porque, sin exceptuar á personas, inficiona toda la naturaleza, y es la raíz maldita de toda iniquidad: este es el pecado original (2). Conviene que lo examinemos antes de penetrar en las santas profundidades del misterio cuyo decreto ha ocasionado. La herejía ha alterado su noción y exagerado sus daños: el racionalismo se mofa al oírlo nombrar y lo mira con desden como uno de tantos cuentos pueriles que la superstición inventa para engañar á los ignorantes y ponerlos bajo el yugo de un vano terror. Es necesario, pues, definirlo y probar su existencia relacionada de tal manera con las demás verdades católicas, que sin él todo el dogma se destruye.

Pero si yo no me engaño, señoras, no podemos proceder al estudio del pecado original sin haber antes contestado á estas dos cuestiones: ¿La humanidad no es más que una sola familia? ¿Cuál era en su origen el estado de esta familia?—Si el género humano, como los grandes ríos, se engrósó de diversos manantiales, si la constitución nativa del hombre ha sido siempre y bajo todos los puntos de vista lo que es hoy, claro está que las ideas de caída, de trasmisión y de universalidad en la caída son completamente ininteligibles, y que el pe-

(1) *Ibid.* cap. II.

(2) Cf. *Summ. Theolog.* III, part. quest. 1.^a art. 3.^o, *Utrum principalis Christi incarnatio facta fuerit ad tollendum peccatum originale quam actuale.*

cado original no es más que una palabra vacía de sentido. El hecho no puede darse sino á condición de que: primero, toda la humanidad esté contenida en Adán, su primero y único padre; segundo, que este padre haya poseído antes de pecar una perfección de la cual no ha quedado más que el recuerdo. Hé aquí mis dos proposiciones. Pasemos á las pruebas.

I.

Que la humanidad no tenga más que un sólo origen; que ella sea una por la naturaleza y la sangre, es una de las primeras verdades que nos enseñan las escrituras santas. Nada más sencillo y más grandioso al mismo tiempo, nada más precioso y más lleno de misterios que la narración bíblica al contarnos el origen de nuestros primeros padres. Dios, habiendo creado el mundo con sus gradaciones admirables, parece recoger su pensamiento y sus fuerzas para el coronamiento de su obra.—«Hagamos al hombre, dice él, á nuestra imagen y semejanza: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*» (1). Formado de barro y animado de espíritu de vida, el hombre aparece. Más bello que todas las criaturas por las formas nobles y armoniosas de su cuerpo, gira en torno suyo su vista dominadora, y con su pensamiento toma posesión del universo. Cuando todas las cosas pululan y se multiplican á sus piés, ¿quedará él, solo y estéril, en lo más alto de la creación?—No, señoras; Dios le mira y le dice que no es bueno que el hombre esté solo; que necesita de una ayuda que le sea semejante: *Non est bonum hominem esse solum, faciamus ei adiutorium simile sibi* (2). ¿Para

(1) Génesis, cap. I, 26.

(2) *Ibidem*, cap. II, 18.

qué esta ayuda? ¡Para partir con ella el peso del reino?—Es inútil; él lo lleva alegremente; su vasta y poderosa inteligencia es suficiente para cumplir el orden que Dios le dió de gobernar y someter á sí toda criatura. Mas porque le es necesario imitar á su criador, cuya tendencia es de comunicarse; porque no puede guardar para sí todos los gérmenes de vida que Dios depositó en su sér; porque, como dice Santo Tomás, las altas funciones de su inteligencia no deben ser sacrificadas á las funciones inferiores de donde nace la vida del cuerpo, lo conviene una ayuda en quien resida toda la fuerza pasiva de la generacion, cuya fuerza activa conserva él como soberano dispensador (1). «Demos, pues, al hombre, dice el Señor, una ayuda semejante á él.» *Faciamus ei adiutorium simile sibi.*

Hé aquí el misterio, señores. La incredulidad se esfuerza en ridiculizarlo; pero jamás consiguió que los corazones castos y los espíritus rectos y serios desprecien su poesia sublime y sus profundas significaciones.—Bien podía Dios formar de la misma materia, de que antes se habia servido, el cuerpo de la criatura que habia de ser, compañera de nuestro primer padre, y repetir ante sus ojos asombrados la inspiracion todopoderosa que le habia comunicado la vida: pero prefirió sorprenderle con una nueva maravilla que ha de ser causa de un más grande amor: y juzgando que el hombre no seria semejante á él si le negaba el ser principio único de la vida humana, quiere sacar de su sustancia el cuerpo que él ha de animar. Adán vencido de un sueño misterioso, se adormece, sin saber nada de las in-

(1) Cf. Summ. Theol. I, p. quest. 92, art. 1.º *Utrum mulier debebit produci in prima rerum productione.*

tenciones de su criador. Acaso, en un plácido sueño estará viendo lo que se hace; pero él no toma parte en nada: una fuerza sobrehumana encadena sus sentidos. Dios se acerca en silencio, toma una de sus costillas, la cubre de carne y hace de este hueso robado al hijo de su amor un edificio viviente, la mujer, sér encantador, que está esperando que su esposo despierte (1). Pero dormid aún, padre del género humano, dormid, reposad al lado de vuestra compañera y dejadnos meditar por un instante los grandes designios de Dios. Eva sale de vos; de vos y de ella saldrán los hijos con que se expresará vuestro comun amor; vos que no habeis nacido del hombre, sois pues el primer principio de la familia humana como el Padre inaccesible que está en los cielos es el primer principio de la familia divina. Eva sale de vos; de vos y de ella saldrán las innumerables generaciones que han de poblar el mundo; vos sois, pues, el principio de toda vuestra especie, como Dios creador es el principio de todo el universo (2). Eva, imágen divina, sale de vos; vos no la hubiérais amado tanto si saliese de otra parte que de vuestra sustancia: pero, como parte de vos mismo, ella os será amable cuanto lo puede ser una criatura y vos vivireis unido á ella con lazos que durarán tanto como vuestra propia

(1) *Inmisit ergo Dominus soporem in Adam; cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea. Et edificavit dominus Deus costam quam tulerat de Adam in mulierem, et adduxit eam ad Adam. (Genes., cap. II 21, 22.)*

(2) *Conveniens fuit mulierem in prima verum institutione ex viro formari magis quam in aliis animalibus. Primo quidem ut in hoc quaedam dignitas primo homini servaretur, ut secundum Dei similitudinem esset et ipse principium totius suae speciei, sicut Deus est principium totius universi. Unde et Paulus dicit. (Act. XVII, 26) quod Deus fecit ex uno homine genus humanum. (Summ. theolog. I, p. quest. 92, art. 2.º)*

vida (1). Eva sale de vos; no de vuestra cabeza, donde reside la inteligencia que gobierna, porque ella os será sumisa; no de vuestros piés que pisan la tierra, porque ella no será vuestra esclava; sino de vuestro costado, cerca del corazón, allí donde nacen las afecciones del amor, porque ella será vuestra amiga (2). Eva sale de vos, ella os espera, despierta.

El magnetismo divino ha cesado; Adán se levanta, y en la mujer que Dios le presenta se reconoce a sí propio. Es él mismo con algo ménos de fuerza, pero con más delicadeza; con algo ménos de bizzarria, pero con más encantos. El contempla, admira, se conmueve, se regocija, y su casto amor, inspirado por el Espíritu Santo, entrecubre sus labios para cantar este célebre epitafio que vendrá á ser la ley fundamental de la familia. «Hé aquí un hueso de mis huesos y carne de mi carne; tendrá un nombre que recuerde el mio, porque de mí salió. Por esta causa el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá con su esposa y serán dos en una sola carne» (3). A este cántico de Adán contesta Dios con un mandamiento que dará vida á la humanidad entera.— «Creced y multiplicaos.»

(1) Secundo, ut vir magis diligeret mulierem, et ei inseparabilis inhaereret, dum cognosceret eam ex se esse productam... et hoc maxime necessarium fuit in specie humana, in qua nias et femina commanent per totam vitam. Quod non contingit in aliis animalibus (Ibid., art. 2.º)

(2) Conveniens fuit mulierem formari de costa viri ad significandum quod inter virum et mulierem debet esse socialis conjunctio. Neque enim mulier debet dominari in virum, et ideo non est formata de capite, neque debet á viro despicí tanquam serviliter subjecta, et ideo non est formata de pedibus. (Summ. Theolog., I. p., quaest. 92, art. 3.º)

(3) Dixitque Adam: Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea, hoc vocabitur Virago, quoniam de viro sunsumpta est, quamobrem relinquit homo patrem suum et matrem et adherbit uxori suae et erunt duo in carne una. (Genes., cap. II, 23, 24.)

Tal es, señores, la narracion bíblica. La historia sagrada nos muestra despues de esto á la madre del género humano saludando con piadoso cántico el alumbramiento de su primogénito (1), las generaciones que se van sucediendo y poblando la tierra hasta la catástrofe que de nuevo pone á la humanidad bajo un solo hombre, y las tres familias de Noé proyectando por todos lados sus ramas que Moisés sabe llamar por sus nombres y unir las á su tronco. Por largo tiempo el hombre habia quedado satisfecho con esta historia, de la cual se encuentran varios rasgos en las antiguas tradiciones de diferentes pueblos y hasta en las fábulas del politeísmo; pero á ciertos espíritus inquietos y superficiales no les satisface, y creen verla desmentida en la fisonomía hoy tan variada del género humano extendido por toda la superficie del globo. El monogenismo les parece estar en contradicción con los resultados de la experiencia, del estudio de las lenguas y de las exploraciones que sucesivamente nos han hecho conocer casi todas las tierras habitadas. ¿Cómo admitir la unidad de la especie humana, si ante nosotros aparecen esos tipos tan profundamente diferentes en color, en formas, en expresion, en costumbres y lenguaje? ¿Cómo creer que el negro haya salido de la misma sangre que el blanco? que el repugnante salvaje casi semejante al animal y que como el animal parece no tener sino instintos, sea hermano del noble europeo en cuya frente brillan los resplandores del pensamiento? Aquí esos rasgos armoniosos y ese aire expresivo que se echan de ver en un ángulo recto; allá ese cráneo hundido; esa cara

(1) Adam vero cognovit uxorem suam Evam, qua concepit et peperit Cain dicens: Possedi hominem per Deum. (Genes., cap. IV, 1.)

abultada, esos pómulos prominentes, esos labios abiertos, esa nariz achatada, esas orejas disformes; aquí el pigmeo, allá el gigante; aquí la actividad inteligente, allá la inercia, más lejos el embrutecimiento; todo esto es posible que sea de la misma familia?

Fijémonos aún cómo el oído viene en auxilio de la vista para marcar las diferencias. El percibe unos sonidos que ninguna semejanza tienen entre sí: gritos roncós y guturales, silbidos, entonaciones melodiosas. Comparad los unos con los otros, y pasad de las construcciones bárbaras á las cláusulas melodiosas, de la miseria á la opulencia, de la sencillez al énfasis, de la poesia nebulosa á la precision científica; no se trata ya, que se sepa, de dialectos cuyas terminaciones variadas no alteran el genio de la lengua madre que los ha producido, sino de idiomas enteramente irreducibles é independientes que á todas luces se ve que no han podido salir de una misma fuente.

Recordemos, en fin, cuánto ha sido necesario al genio y á la fuerza, al valor y á la constancia, para descubrir esos remotos países invadidos ya por el género humano; y de qué medios tan perfeccionados disponemos hoy para cortar las distancias y triunfar de las tempestades del Océano. Este simple recuerdo bastará para convencernos de la imposibilidad en que se hallaban los antiguos pueblos para pasar de uno á otro hemisferio en endebles carabelas ó pesadas canoas, lanzadas á la aventura, á través de las grandes aguas, donde la calma no es ménos peligrosa que las mismas borrascas.

Profunda diversidad de tipos y de idiomas, imposibilidad de poblar la América y las apartadas islas de la Oceania, por emigraciones ó expediciones en los tiempos en que debió de verificarse; todo protesta contra la unidad

de la especie humana. Dejémoslos, pues, de creer á ciegas esas leyendas que no tienen otro fundamento que el interés religioso del cual debe prescindir la ciencia: consideremos la humanidad como un género dividido en cierto número de especies que traen su origen de varios centros de produccion ó creacion.

Así discurren los poligenistas. Pero antes de cerrar su boca con una prueba soberana que nos ofrece la ciencia fisiológica, examinemos uno tras otro los fundamentos de su argumentacion.

La diversidad de tipos es un hecho innegable; pero, bajo esta diversidad, la naturaleza humana permanece siempre la misma en su conformacion general, en sus aptitudes y en sus tendencias. En todas partes él hombre es el animal real que marcha recto, mientras los otros se arrastran; en todas partes ejerce sobre los reinos inferiores de la creacion el mismo dominio; en todas partes su frente orgullosa mira al cielo; en todas partes sus piés huelan con arrogancia el suelo; en todas partes sus hábiles manos se prestan á obras maravillosas, que él modifica segun sus necesidades ó fantasias: en todas partes su cerebro es el trono de su inteligencia donde brilla el pensamiento; en todas partes expresa con un lenguaje articulado, no sólo sus instintos y pasiones como el bruto, sino sus ideas: en todas partes reconoce como regla de su vida los mismos grandes principios de moral; en todas partes adora un sér superior; en todas partes es susceptible de perfeccion; en todas partes está sujeto á las mismas enfermedades, manifestadas por los mismos síntomas; en todas partes, condenado á muerte, aspira á la inmortalidad. Estas semejanzas fundamentales que tan claramente indican una misma naturaleza en la humanidad, ¿son de tan poco va-

lor que se puedan justamente posponer á esas diferencias superficiales que en número mayor y aún más marcadas se hallan en otros animales de una misma especie? Tomad el esqueleto del hombre en todas las razas; ¿no veis en su conformacion y talla ménos diferencia que entre el perro de presa y el lebrél, el de Terranova y el de la Habana? Comparad el cabello y la barba de los hombres de todos los pueblos; ¿serán tan desemejantes como la lana del merino y la del carnero de Solóná? Reunid los colores de todos los rostros humanos desde el negro más oscuro hasta el blanco más pálido; ¿hallareis más variedad que la que hay entre las palomas? El color que á primera vista parece la señal más característica de la raza, está muy lejos de tener la importancia que generalmente se le da. Bajo una cutis negra se ven tipos regulares que no desdenaría el estatuario; y bajo una cutis blanca, tipos deformes que sólo le falta el color para ser negros perfectos. La mayor parte de vosotros, señores, sabeis muy bien que la cutis del negro es completamente semeiante á la nuestra en cuanto á la naturaleza y disposicion de sus tejidos. La coloracion es un fenómeno local puramente accidental y casi insignificante para la determinacion de la especie (1).

(1) Nosotros consideraremos la cutis en su conjunto como compuesta esencialmente de tres capas; la dérmis, la epidermis y el cuerpo mucoso de Malpighi. Todos los anatomistas admiten la existencia de estas tres capas, pero varían al explicar su union; y luego cada uno las subdivide en un cierto número de capas secundarias. No hay necesidad de entrar en esos pormenores. La dérmis, que está debajo de todas, tiene el mismo color blanco en el Negro Guinea que en el Europeo. La epidermis, más superficial, es enteramente igual en todas las razas. El cuerpo nuevo que se halla entre las dos capas anteriores, sólo presenta una ligera tintura amarilla en todas las regiones del cuerpo, igual también en todas las razas, ménos en la negra que toma un color más ó ménos moreno. Por aquí se ve á qué se reduce ese fenómeno de co-

A las analogías se añaden los hechos incontestables que hablan muy alto contra las conclusiones exageradas que los poligenistas pretenden deducir de la variedad de tipos. ¿Qué diferencia de aspecto del Japon al Húngaro! y sin embargo, su idioma atestigua que su origen es el mismo. Los Tártaros y los Turcos varían físicamente de los Mongoles, y no obstante, sus lenguas son de una misma familia. Lo mismo sucede entre los Tehermeses y los Vogules, de cabellos negros y ojos pardos, y los Filandeses y Parmianos, de ojos azules y cabellos rojos. No creemos necesario citar más hechos. Tengo la conviccion de que si se nombrase una sociedad competente con el fin de buscar en la sola raza francesa y reunir en la sola ciudad de Paris los tipos más diversos sólo les faltaria, á vuelta de pocos años, un poco de pintura para ofrecer á nuestra curiosidad una coleccion completa de Lapones, Samoyedos, Tártaros, Mongoles, Indios, Malayos, Cafres, Hotentotes, Patagones y los demás.

La variedad de lenguas tampoco prueba nada contra la unidad de la especie humana. Si bien los descubrimientos de los últimos siglos nos han mostrado tal multitud de idiomas que ha dado que pensar por un momento á los monogenistas; muy pronto vueltos en sí de su perplejidad han emprendido con afán su estudio y no han tardado en recoger el fruto de su atrevida empresa. Toda lengua se compone de dos partes, una inmutable, otra flexible y variante. Esta última, trasformada sucesivamen-

toracion diversa de los hombres. En todos se halla el mismo organismo y únicamente varía su color más ó ménos segun dominan unos ó otros elementos. A este propósito podríamos repetir lo que Linnéo decia de las flores: *nimium ne crede colori*. No todos los hombres negros son de hecho negros; algunos hay entre ellos que semejan á los más blancos.

te por el trabajo del hombre, puede dar por resultado, á vuelta de ocho ó diez siglos, una lengua enteramente desconocida. En el día de hoy nadie habla el francés de Carlos Calvo, sólo los eruditos lo entienden. Las raíces, por el contrario, resistiendo á todas las manipulaciones que sufren las desinencias, permanecen en el fondo de todo idioma como el signo indicador de su procedencia. El estudio de este signo ha permitido á la ciencia dividir el lenguaje humano en tres grupos primitivos. Uno es aquel en que dominan las lenguas sin gramática, semejantes á las voces de un niño, enérgicas, pero sin ligazon; el otro está compuesto de lenguas semíticas, llenas de vida y valor, adorno natural de esa brillante poesía en que las impresiones y las sensaciones se suceden con rapidez; el tercero comprende todos los idiomas indoeuropeos, ricos, regulares, flexibles cuanto fecundos, igualmente propios para la poesía que para la exposicion de los hechos y precision científica. Determinar estos grupos, demostrar que una sola lengua, atravesando el Asia y la Europa, desde Cailan hasta la Islandia, une en larga zona los pueblos más diversos, sería un trabajo excelente. Pero, al fin, puesto que nos hallamos en presencia de tres grupos perfectamente distintos; ¿no deberemos afirmar la multiplicidad de las especies? La ciencia, preocupada por esta cuestion, ha avanzado más en sus investigaciones. Despues de reducir el número de idiomas independientes, ha examinado con cuidado sus afinidades en los elementos comunes que pertenecen á su esencia (1), y habiendo hallado estos elemen-

(1) J. D. Xyländer *Das Sprachgeschichte der Titanen... Historia de las lenguas titanes*, despues de haber examinado la lengua mancheva bajo el punto de vista gramatical y de la sintáxis, compara con otras tantas palabras griegas dos mil quinientas palabras mancheves, pertenecientes parte al estilo etc

tos, concluyó por afirmar que esos idiomas han sido en su origen uno mismo; que no fué ni una separacion gradual, ni un desarrollo individual lo que produjo entre ellos esas diferencias, sino una fuerza activa, violenta, extraordinaria, suficiente para conciliar las apariencias de conflictos y para explicar de un golpe sus semejanzas y sus alteraciones (1). Así hablan los sabios distinguidos cuya autoridad es de gran peso en la filología.

Mas á un dado, señores, que los idiomas primitivos no tuvieran entre si ningun elemento comun, y que fueran absolutamente independientes y de todo punto irreducibles, ¿tendríamos con esto una demostracion concluyente de la multiplicidad de las especies en la humanidad? De ninguna manera. A todo más podríamos formar una conjetura que tiene por contrapeso otra conjetura igual. Los idiomas difieren; pero la unidad de las ideas primordiales, la comunidad de tradiciones fundamentales, la posibilidad de traducir uno en otro todos los idiomas, la facultad que el hombre posee de apropiarse todas las lenguas, nos autoriza á creer que la multiplicidad de los idiomas

vado y parte al estilo familiar, infiriendo de ahí que los principios elementales, los radicales, las desinencias, son los mismos en las dos lenguas; y hasta llega á decir que el manchevo es un dialecto primitivo del griego. Discurriendo despues sobre los idiomas tonguses que segun el *Asia poliglota*, pasan de doscientos, y sobre el mongol, el turco, el tibetano, el chino, el húngaro, el filandés, el samoyedo, el genisco, el énos, el Kami-chatko, el corgé, el kirghis, el teloko, el corro, el japonés, el birman, el siamés, el annamita, el peguan, el malayo, el georgiano, semita, se ve forzado á convenir en que todas las lenguas habladas en Europa, Asia, en el Norte y Noroeste de Africa, y en la mayor parte de las islas situadas entre el Asia y América, tienen entre si un grado de parentesco más ó ménos estrecho, como lo prueba tambien la sintáxis del griego antiguo. (Apud Cantú, loco citato.)

(1) Cf. Wiseman. *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion revelada* (Discurso 2.º)

no es un hecho original, sino un accidente en la vida de la especie humana; y esta conjetura se convierte en certeza, cuando leemos aquel pasaje de la Biblia:—«No habia en la tierra más que una lengua, y los hombres hablaban de la misma manera, pero Dios, viendo su orgullo, dijo:—Venid, descendamos, y confundamos su lengua, para que nadie comprenda á su prójimo.—Y la lengua de toda la tierra se confundió, y el Señor dispersó á los hombres por la haz de todas las regiones» (1).

La autoridad de estas líneas escritas en la época en que la humanidad, cercana á su origen y llena aún del recuerdo de los sucesos que habian motivado su dispersion, no tenia ningun interés en inventar hechos fabulosos, no puede ser destruida por una simple conjetura científica. Si la filología pudiese invocar á su favor el testimonio de otras ciencias, pudiera ser que la narracion biblica se debilitara. Mas así como la observacion filosófica, segun os lo he mostrado, y la topografía del globo, y el estudio de los monumentos, y las tradiciones, y la fisiología misma, como veremos pronto, están acordes con la narracion biblica acerca del origen de la especie humana, así tambien estamos autorizados para creer como cierto lo que la Escritura nos dice de la confusion de las lenguas y de la dispersion del género humano.

¿Dudais vosotros, señores, de esta dispersion? ¿Os parece imposible que todos esos países remotos que en el siglo XVI se comenzaron á descubrir hayan sido poblados por

(1) *Erat autem terra labil unius et sermonum eorundem. Descendit autem Dominus et dixit: Venite, descendamus et confundamus ibi linguam eorum ut non audiat unusquisque proximum suum... Et confusum est labium universa terra et inde dispersit eos Dominus super faciem cunctarum regionum. (Genes. Cap. XI 1-9)*

emigrantes salidos de una sóla region? Pues tomad un mapa general; si está bien hecho, en pocos minutos quedareis convencidos. Europa, Asia y Africa están unidas perfectamente; paso á paso y sin dejar la tierra firme se puede llegar á todas sus fronteras. Solo la América parece formar mundo aparte; sin embargo, hácia Islandia, isla última del Norte de Europa, proyecta la vasta tierra de Groenlandia, separada tan sólo por el estrecho de Bering del Norte de Asia. El archipiélago de las Alentenas, desde Kamtchatka hásta cerca de la isla de Aliaska, ofrece á los névros navegantes una serie de etapas marítimas. El archipiélago de las Kuriles une al Kamtchatka con Japon; próximo al Japon está China. Hé aqui, pues, tres vias por donde pasar del antiguo al nuevo mundo. La mar tiene como la tierra sus rutas de comunicacion, rios inmensos sin nacimiento ni desembocadura; las corrientes. En el Océano Pacífico el Kurosiwo (1) lleva á las costas de California las flotas del Japon y China que casi veinte siglos antes de la era nueva conocian ya la brújula. La contra corriente ecuatorial conduce al Malaya hasta el istmo de Panamá. Por la gran travesía del mar de las Indias pasa el Africano del Cabo á la Australia y á la Nueva Zelanda, unidas á su vez á la Indo-China por las islas de la Sonda. En el Atlántico, la Guinea se aboca con el Brasil por la corriente ecuatorial del Sud, y el atrevido fenicio, despues de haber franqueado las columnas de Hércules para explorar la costa africana del Oeste, puede dirigirse por la corriente ecuatorial del Norte y

(1) Esta corriente se llama tambien corriente de Tesson por el nombre de Mr. de Tesson que ha hecho constar su existencia en el viaje que hizo acompañando en calidad de hidrógrafo al capitán Dupetit Tonars.

arribar á las Antillas. Por tres partes es posible la emigracion del antiguo al nuevo mundo. Hé aqui lo que nos dice la Geografía: ella misma se ha hecho. Veamos lo que nos dice la historia y los monumentos. Ya en el siglo IX una bula del Papa Gregorio IV (1) hace mención de las misiones de Islandia y Groenlandia: hácia fines del siglo XIII los frailes Predicadores fundaron en este último pais uno de sus conventos. En una de sus expediciones echaron de ver los españoles las proas doradas y las vergas plateadas de las embarcaciones mercantiles de la China y Japon (2). Vasco Nuñez, al atravesar el istmo de Panamá, encontró cerca del cabo Darien negros africanos. Hernan Cortés, conversando con el infortunado Motezuma, le oyó decir que sus antepasados habian venido de los países lejanos de Ultramar (3). En fin, las tradiciones, las cosmogonias, los edificios religiosos, los palacios, los geroglíficos, las instituciones de los pueblos de América en la época de la conquista española presentan tantos puntos de contacto con

(1) Ad Arsgarium (835).

(2) Esto hecho lo refiere Gómez, compañero de Hernan Cortés.

(3) Muchos Dias há, que por nuestras escrituras tenemos, de nuestros Antepasados, noticia, que Yo, ni todos los que en esta Tierra habitamos, no somos Naturales de ella, sino Extranjeros, i venidos á ella de partes muy extrañas: É tenemos asimismo, que á estas Partes trajo nuestra Generacion un Señor, cuyos Vasallos todos eran, el cual se volvió á su naturaleza, y despues tomó á venir, desde en mucho tiempo; i tanto, que ia estaban casados los que havian quedado, con las Mujeres Naturales de la Tierra, i tenían mucha generacion, i fechos Pueblos, donde vivian: é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir ni menos recibirle por Señor: i así se volvió. É siempre hemos tenido, que los que de él descendieren havian de venir á sojuzgar esta Tierra, i á nosotros, como á sus Vasallos. É segun de la parte que Vos decís que venís, que es hacia do sale el sol, i las cosas que decís de ese gran Señor, ó Rei, que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro Señor natural, en especial que nos decís, que el há muchos Dias que tenía noticia de nosotros. (Primera carta de Hernan Cortés), párrafos 21 y 29.

los de Asia, que nos es imposible dudar de su parentesco (1).

(1) Humboldt que con sus propios ojos examinó toda aquella tierra, dice así de las analogías que ofrecen los americanos con los mongoles y otros pueblos de Asia central: «Se pama ano de hallar á fines del siglo XV, en un mundo que llamamos nuevo, tantas instituciones antiguas, ideas religiosas, formas de edificios, que en el Asia parecen remontarse á la aurora de la civilización. Vense allí rasgos característicos de la humanidad lo mismo que de la estructura interior de los vegetales extendidos por todo el globo. Por todas partes se vea de ver un tipo primitivo, á pesar de las diferencias producidas por los climas y por la union de otras muchas causas accidentales; la comunicación de los dos mundos está probada de una manera indubitable por las cosmogonias, los monumentos, los geroglíficos é instituciones de los pueblos de Asia y de América. (Vue des Cordillères et monuments des peuples indigènes d'Amérique.)

Con motivo de la venida de los indios Jowais á Paris en 1845, Honorato Jaquinot decía: «He visitado las principales islas de la Polynasia, y he notado muy grandes analogías con los americanos. La semejanza de fisonomía es para mí la mejor prueba de la identidad de los americanos con los polinesianos: pero si miro sus costumbres, los testimonios se presentan en tropel. Aunque se halle alguna diferencia en su género de vida, todos ellos tienen el mismo grado de civilización; casi la misma jerarquía social y sacerdotal, religiones igualmente oscuras y una misma veneración á los sepulcros. Entre los Mandanes, como en la Nueva Zelanda y en las Marquesas, los cadáveres se depositan en abocas de cañas entrelazadas, y se presenta comida á los frios despojos. Entre los Assiniboines y las otras tribus úsanse plazas empedradas al lado de cada población, destinadas para la reunion de las asambleas; lo mismo sucede en las Marquesas y otras islas de Polynasia. En las costas de la isla de Pascuas vense levantadas rocas enormes con formas de gigantes. En otros puntos de la Océania y sobre todo en la isla de Oualan, se encuentran murallas formadas de masas extraordinarias, problema para los navegantes, y restos de construcciones ciclópeas muy comunes en las dos Américas. A los polinesianos lo mismo que á los americanos les gustan los adornos, se pintan de vivos colores, se tñen la piel, se afeitán, rasuran una parte de la cabeza, taladran y alargan el túbulo de la oreja, y cuelgan de ella pesadas joyas. Los indigenas de Oualan se cubren el labio inferior de una concha, y esta costumbre está extendida por toda la costa Noroeste de América. El vestido de los jefes de Tahiti, llamado *Hiputa*, es el pombo de los Araucanos. Estos dos pueblos son guerreros, se sirven de las mismas armas y la caballería del enemigo es su trofeo. Un tan grande número de analogías que fácilmente podría yo multiplicar: ¿pueden provenir del acaso? (Citado por Cantú, *Historia universal*, Lib. I, cap. III, *Unidad de a especie humana*.)

Ya veis, señores, como los fundamentos en que se apoyan los poligenistas para negar la unidad de la especie humana son tan poco sólidos que su tesis cae por tierra bajo todos los puntos. Ved ahora el argumento concluyente contra todo su sistema; la ciencia fisiológica nos lo ofrece.

El hombre, según el cuerpo, está sometido á las leyes que gobiernan el reino animal. Pues bien; todo animal está dotado de una doble fuerza: de la fuerza plástica, en virtud de la cual puede, bajo la influencia de los climas, modificar accidentalmente su naturaleza; y de la fuerza de trasmisión, en virtud de la cual comunica su naturaleza con las modificaciones inherentes. De estas dos fuerzas combinadas proceden la especie y la raza. Cuanto la fuerza plástica es flexible en sus esfuerzos; tanto la fuerza de trasmisión es inmutable. Es necesario que ella permanezca en la especie para que ésta sea perpétua. Si obra en unión con otro género, pronto es castigada con la esterilidad, por la violencia que hace á la naturaleza. *El creced y multiplicaos*, que fué pronunciado en la aurora de los tiempos sobre toda vida, no sale de los límites de la especie; de suerte que la señal verdaderamente característica de la especie no debe ser buscada sino en la fecundidad continua.

La especie puede definirse: «El conjunto de individuos más ó menos semejantes entre sí, descendientes, ó que puedan mirarse como descendientes de una pareja primitiva única, por una sucesión no interrumpida de familias» (1). En estas condiciones el monogenis-

(1) De Quatrefages, *Histoire naturelle de l'homme. Unité de l'especie humaine* (Revue des Deux Mondes, primer Janvier 1861).

mo es la única doctrina que la ciencia nos permite aceptar. En efecto, señores; al paso que la selección aplicada á ciertos individuos tomados de géneros cercanos no os da jamás sino productos híbridos cuya fuerza de trasmisión es nula ó limitada á algunas generaciones, la unión del hombre y de la mujer, cualquiera que sea la diferencia de tipos, recibe de la bendición divina una virtud que permanece indefinidamente en las familias. La sangre del negro y del blanco, no son líquidos extraños que rehuyan unirse para producir el sér viviente: como dos ríos amigos, confunden sus fértiles ondas aliándose y modificándose, hasta que la sangre más perfecta ha triunfado. En toda generación humana la fecundidad es permanente, y á esto debe la humanidad la unidad de su especie, so pena de que—afirma un sábio naturalista:—«Las leyes que regulan el organismo humano estén en contradicción en los puntos principales y verdaderamente característicos con las leyes de todos los otros organismos vivientes» (1).

La fuerza de trasmisión prueba la identidad de la especie y la conserva. La fuerza plástica, representada por los instintos, costumbres y pasiones, y sometida á la influencia de los medios, puede, como tengo dicho, introducir en una especie modificaciones considerables sin alterar la esencia. Estas modificaciones se arraigan, toman fuerza y se multiplican por herencia y por el clima. A la herencia debemos demasiados bienes y demasiados males para que podamos negar su misteriosa virtud: el clima, á cada instante estamos viendo lo que influye. Si los seres insen-

(1) Id. *Ibid.* (15 Decembre 1860).

sibles no están exentos de su accion; si el mármol, por ejemplo, pierde bajo nuestro cielo sombrío el lustre y brillantez de que se reviste bajo los hermosos cielos de Grecia y de Italia, ¿cuánto más un viviente en quien la inercia está reemplazada por la fuerza de asimilacion? Tal flor que bajo nuestro cielo tornasolado palidece y se acobarda, bajo los rayos de un sol ardiente ostenta su corola hermosa y sus vivos colores: tal planta que en una fria montaña nada crece, en un valle más cálido llega á ser un arbusto opulento; tal árbol que languidece en un suelo árido, echa en un suelo húmedo un tronco y unas ramas gigantescas. Más aún que los vegetales, trasformase el animal bajo la influencia del clima, porque su vida más perfecta colabora más activamente con las causas exteriores.

¿Sólo el hombre, el más perfecto de los vivientes permanecerá inmutable? ¿ó sólo el conservará su tipo uniforme, cuando en su organismo más delicado, más impresionable, más flexible, ofrece la fuerza plástica un concurso más enérgico á las fuerzas exteriores? Esto, señores, es imposible. Recordad lo que hemos dicho al tratar de la naturaleza del hombre: éste es un animal racional; su alma es la forma de su cuerpo; sus hábitos y pasiones se reflejan en su fisonomía. Por esto es imposible que un pueblo que posee unas tradiciones piadosamente conservadas, una inteligencia cultivada, el amor de lo bello y de lo grande, los nobles esfuerzos de la libertad contra los apetitos de la materia, costumbres finas é instituciones sabias, presente la misma fisonomía que un pueblo donde reinan una ignorancia crasa, los ejercicios materiales del cuerpo, la estúpida indiferencia, la satisfaccion constante de los apetitos materiales, costumbres diso-

lutas, una opresion bárbara ó una independencia salvaje. Añadid á esto la accion de las causas físicas que afectan al organismo por defuera, como le afecta el alma por dentro: el movimiento y calidad de la atmósfera, la luz, el calor, la electricidad, los alimentos. Tened en cuenta, segun uno de nuestros grandes naturalistas, que las fuerzas de la naturaleza, hoy debilitadas, tenían en la época en que la especie humana fué dividida en grupos fundamentales, una fuerza superior á la que actualmente tiene hoy (1). Considerad, en fin, la obstinacion de ciertas familias en no abandonar su género de vida, en no salir de su sangre; y todo esto bien pensado, ya podreis explicar la existencia en la especie humana

(1) Las grandes variedades de la especie humana, no son obra reciente de las causas naturales á que el hombre está sometido, como las causas secundarias que consisten en las enfermedades cutáneas y las cualidades de los cabellos. Cuando la especie humana fué dividida en grupos fundamentales; cuando las diferentes razas comenzaron á existir, la accion del clima, era muy superior á lo que hoy es. Las razas fueron formadas en una época muy cercana á la última catástrofe que cambió la faz del globo. Todos los elementos que reunidos componen lo que llamamos *influencia del clima*, conservaban en aquellos tiempos de agitacion y de desórden, una fuerza muy superior á la que pueden ejercer hoy, en que la calma de un gran número de siglos ha debilitado todas las fuerzas de la naturaleza, y encadenado la accion de un gran número de sustancias, por su mezcla y sus combinaciones. En esta época vecina á la destruccion de la superficie del globo en que cada cosa se hallaba, por decir así, fuera de su lugar, los extremos estaban más separados unos de otros, los contrastes más marcados, los cambios más repentinos. Esta sucesion rápida de causas contrarias ó al menos muy diferentes, es la que ha obrado en los seres orgánicos los efectos más señalados, las modificaciones más profundas, las alteraciones más duraderas. El clima, pues, ha podido producir con el tiempo las razas de la especie humana, lo mismo que produce aún las variedades de segundo orden. (La especie, ap. de Rann, Baron de Alvimar: *Recueil de réfutations des principales objections tirées des sciences et dirigées contre les bases de la religion chrétienne par l'incrédulité moderne*, pág. 242-244.) Paris, 1843.

de variedades arraigadas que nosotros llamamos razas (1).

Aun cuando alguna sombra oscureciera su formacion, no por eso podriais proyectarla sobre esta verdad adquirida por la ciencia: La humanidad es una sola especie. Si aceptando esta verdad y queriendo al propio tiempo desvanecer toda duda, me hiciérais notar que Dios pudo muy bien crear en diversos lugares muchas generaciones de la misma especie, yo os responderia que esta es una afirmacion que os seria imposible probar (2), que una afirmacion de este género debe ceder el paso á una historia venerada por más de cuarenta siglos, acatada por millones de hombres, confirmada por las tradiciones, las ciencias naturales, el estudio de las lenguas y la geografía; y yo reclamo de vosotros, en nombre del sentido comun, que acepteis este gran principio, del cual depende el dogma de la encarnacion reparadora: Nosotros somos todos hermanos de una

(1) La raza se puede definir: el conjunto de individuos semejantes, pertenecientes á una misma especie, que por via de generacion han recibido y transmiten los caracteres de una variedad primitiva. (De Quatrefages, op. cit.) Hé aqui la clasificacion de las razas, segun el mismo autor: 1.ª raza blanca: ramas *tehuda* (Estonios, etc.), *caucásiana*, *basca*, *semítica* (Hebreos, Arabes, Abisinios), *ibia* (Kabiles, Tuaregs, Egipcios), *india*, *iraniana*, *heleno-latina*, *eslava*, *germánica* y *escandinava*; 2.ª raza amarilla; ramas *sínica* (Chinos, Indo-chinos, Tibetanos), *mongola*, *turania* (Turcos, Kalmucos, Manchurios), *ugriana* ó *borcal* (Samoyedos, Ostiaks, Lapones); 3.ª raza negra; ramas *melanesiana*, *africana* (Tarnetanos, Cafres, Guineos), *saab* (Boschimenos, Hotentotes). A la raza amarilla se reducen particularmente las familias *japonesa*, *malaya* (Hovas, Malayos), *polinesiana* (Taitianos); además, el conjunto de familias que poblaron la América del Norte (Esquimalos, Colombianos, Chinukos, Californos, Comanchos, Moquios, Mejicanos, Guatemalos, Delawareos, Hurones, Cheroteas, Chotaws, Seminolas, Osages); y la *Amirria del Sur*, *Intrakares*, *Ancas*, *Quichuas* ó *Peruanos*, *Patagonios*, *Chiquitos*, *Moxos*, *Guaranis*, *Botocudos*, *Charruas*.

(2) Véase el *Indice*, respuesta á la analogía entre el hombre, los vegetales y los animales, por M. Agassiz.

misma familia; porque la humanidad entera estaba en Adán.

¿En qué estado se hallaba la humanidad en Adán? Esta es la segunda cuestion que nos es necesario examinar.

II.

La teología distingue tres estados de creacion. Primeramente el estado de *pura naturaleza*, en el cual el hombre exento de pecado y pertrechado intrinsecamente de todos los elementos y de todas las potencias esenciales á su constitucion, no tiene otro fin que conocer á Dios por medio de las criaturas y reposar en el amor lleno de dulzura de este objeto perfecto, sin jamás llegar á ver su esencia. En este estado, obedeciendo á las leyes que alteran y dividen todo compuesto, el cuerpo es pasible y mortal. El alma ejerciendo su actividad por el ministerio de los sentidos, está sujeta á la ignorancia y á la concupiscencia. Las imágenes la pueden engañar y los apetitos inclinarla contra las indicaciones de la razon hácia los bienes subalternos que la hacen olvidar el verdadero bien. Condenada á la lucha, ella espera su fin, sometiéndose á las órdenes de la conciencia y á los preceptos de Dios, que le da los auxilios naturales necesarios.

Sobre este estado se halla inmediatamente el de la *naturaleza íntegra*, que puede tener el mismo fin que el precedente, pero en el cual es revestido el hombre de privilegios, que Dios sin injusticia le podria negar. Por ejemplo, el admirable vigor de su cuerpo resiste á la accion de las fuerzas disolventes que naturalmente obran en la materia; nada de sufrimientos, nada de muerte. La dominacion absoluta del espíritu sobre la carne preserva al alma de

las aberraciones del pensamiento y le permite contener la muchedumbre de los apetitos y prevenir sus rebeliones. Con paso tranquilo y firme ella marcha hácia su último fin por el camino derecho de la justicia y del deber.

Subamos aún, porque hay sobre todos los estados precedentes uno superior, que la teología llama por antonomasia el estado de *inocencia, de justicia original y de santidad*. Este supone, además de la integridad de la naturaleza, un fin sobrenatural, es decir, un destino trascendente y todo gratuito de la misma naturaleza á la vision intuitiva, á la posesion inmediata de Dios, y como medio de esperar este fin, una penetracion íntima de la vida divina, que transforma el hombre y hace de él un hijo adoptivo de Dios, adornado de los dones del Espíritu Santo y hábitos infusos que sus fuerzas nativas no pueden producir, y capaz de ejercer bajo la mocion sobrenatural de la gracia actos eminentes que le dan derecho á la herencia celestial.

Este último estado, señores, llamado de inocencia, de justicia original y de santidad, de donde provenia la integridad de la naturaleza, es el estado en que fué creada la humanidad en la persona de nuestro primer padre. Estamos muy lejos, como veis, de aquellos doctrinarios abyectos que hacen salir al hombre de las entrañas del animal, despues de haber hecho salir el animal de las entrañas de la tierra (1); lejos aún de los filósofos incrédulos que dan al género humano por primer padre al salvaje ignorante y grosero, cual es el que todavía se halla en los países sin civilizacion, observadores desatinados, que no ven en el salva-

(1) Véase la conferencia décimasexta *La Naturaleza del hombre*, 1.^a parte.

je las señales manifiestas de una degradacion, y que toman por aurora el triste crepúsculo de una inteligencia casi apagada (1). Sin presentar tan francamente su tipo primitivo, una escuela espiritualista, más próxima á nosotros, despreciando la doctrina católica y la luz que arroja sobre la historia, y no teniendo en cuenta más que las miserias hechas y trasformaciones de nuestro estado actual, se ha esforzado en establecer entre la vida de la humanidad y la vida del individuo un paralelo sistemático; ha imaginado en el origen de nuestra historia yo no sé qué estado de infancia, punto de partida de todos los progresos del espíritu humano. Dicen ser la espontaneidad precediendo á la reflexion, la ignorancia disipándose á medida que las primeras generaciones se alejan de su cuna (2). ¿Ha olvidado esta escuela el respeto que á la antigüedad profesaron los sábios ilustres, que se llaman Confucio, Platon, Aristóteles, Ciceron, y los homenajes que con voz unánime han rendido á la sabiduría de sus padres? (3). No, señores; por boca de uno de sus más afamados representantes, tiene

(1) Véase en el *Índice* la enérgica pintura del salvaje, por José de Maistre.

(2) Véanse las citas en el *Índice*.

(3) Confucio, Platon, Aristóteles, Ciceron, todos los genios más elevados del mundo pagano, celebraron con voz unánime la sabiduría de sus padres. Más bien se consideraran como restauradores de la antigüedad que como novadores. Convencidos de que lo más antiguo es lo mejor, invocaron el testimonio de los antepasados en apoyo de lo más sublime que han dicho sobre Dios y sobre las verdades religiosas. ¿No sería absurdo este respeto á la antigüedad si todos estos filósofos no estuvieran convencidos de que las primeras edades fueron ilustradas con la ciencia de las cosas divinas? (M. el abate Lefebvre *Essai sur l'origine, la nature et la chute de l'idolatrie*, citado por el abate Laforest, *Les dogmes catholiques*. Véase á Platon, *Leyes*, lib. IV, ítem *Phedon*. Ciceron *De Legibus*, cap. XVI Tuscul., lib. I, cap. XII, *De natura deorum*, lib. III, cap. LXXII, lib. II, cap. II y siguientes. Plutarco de *Iside*

dicho que «todas las tradiciones antiguas se remontan á una edad en que el hombre, al salir de las manos de Dios, recibió de El inmediatamente todas las luces y todas las verdades, oscurecidas despues y corrompidas por el tiempo y por la ciencia imperfecta de los hombres. Esa es la edad de oro, ese el Eden que la poesia y la religion nos presentan en las primeras páginas de la historia» (1). Fijémonos en esta afirmacion. Nosotros no tenemos derecho á sacrificar las tradiciones por los sistemas, mucho más cuando estas tradiciones acaban de confirmar una historia justificada por la ciencia, en la verdad fundamental que ella nos enseña tocante á la unidad de la especie humana. Esta historia es la que se debe leer para conocer el estado primitivo de la humanidad en su cabeza. Dejemos, pues, las fantasías filosóficas y pasemos á los hechos.

Nos hallamos en medio de las ricas y encantadoras llanuras de la Armenia, á la hora en que la naturaleza toda jóven no ha podido ser marchitada por el soplo del tiempo. Un vasto y magnífico jardin, regado por cuatro rios nacidos de una misma fuente, á cuyas orillas ha reunido el Señor todas las bellezas capaces de arrobar el corazon y todos los pla-

et Ovidio. Aristóteles, De Mundo, cap. VI. Vida de Confucio por el Padre Amiot, tom. XII de las Memorias sobre los chinos, pág. 344.

Lucano en su Pharsalia nos representa al hombre primitivo instruido por el mismo Dios.

Dixitque simul nascentibus auctor
Quidquid scire licet.....

(1) Cousin, *Introduction á l'histoire de la philosophie*, lección sétima.

M. Renan, conviniendo con los alemanes en la universalidad de la tradición, respecto al Eden, hace luego la misma confesion: «Es preciso, dice, que tales analogías se apoyen en algun rasgo general de la humanidad ó en alguno de sus instintos más marcados.» (*Histoire des langues semitiques*, página 476.)

ceres capaces de embriagar los sentidos, espera por su huésped y señor. ¡Hélo aquí! Dios lo trae en sus brazos y lo coloca en este paraíso de delicias (1). Allí es donde se queda dormido en sueño de éxtasis; allí es donde se levanta para contemplar el hueso de sus huesos, la carne de su carne, y cantar el himno de su casto amor.

¡Qué bello! la gracia, la nobleza, la majestad, la perfeccion de las formas que admiramos en las obras maestras del arte, no se acercan, ni con mucho, al armonioso conjunto de líneas, contornos, expresion y movimientos que nos ofrece ese cuerpo hecho de mano del mismo Dios y animado de un soplo de vida que traspira á través de su carne inmaculada, irradia de sus piés á su frente real, y en su virginal hermosura nos hace admirar la doble expansion de la gracia y de una naturaleza perfecta. Adán ha recibido la gracia en una plenitud que jamás será excedida; por ella posee todas las virtudes sobrenaturales (2), y su naturaleza, inundada de este rio sagrado, recibe todos los privilegios de la integridad (3).

(1) Tullit ergo Dominus Deus hominem et posuit eum in paradiso voluptatis. (Genes, cap. II, 15.)

(2) Cf. Summ. theol., p. I, quaest. 95 a. 1. Utrum homo fuerit creatus in gratia?—A. 3. Utrum Adam haberet omnia virtutes?

(3) Quod homo fuerit conditus in gratia, videtur requirere ipsa rectitudo primi status in qua Deus hominem fecerat, secundum illud Eccles. 7. Deus fecit hominem rectum. Erat enim rectitudo secundum hoc quod ratio subdebatur Deo; rationi vero inferiores vires et anima corpus. Prima autem subjectio erat causa et secunda et tertia. Quandiu enim ratio manebat Deo subiecta, inferiora ei subdebantur (ut August. dicit). Manifestum est autem quod illa subjectio corporis ad animam, et inferiorum virium ad rationem non erat naturalis; alioquin post peccatum mansisset, cum etiam in doemonibus data naturalia post peccatum permanserunt (ut Dionys. dicit 4, cap. De div. nom). Unde manifestum est quod et illa prima subjectio qua ratio Deo subdebatur; non erat solum secundum naturam, sed secundum supernaturalem donam gratiae. Non

Su alma, penetrada de una virtud maravillosa, domina los elementos corruptibles de la materia, y corrige su tendencia nativa á la disolución. Sin estar libre de las necesidades de la naturaleza, nada siente su humillante servidumbre (1). Señor de su cuerpo al cual alimenta del fruto del árbol de la vida (2), sin temer nada la acción del tiempo, ni sufrimientos, ni muerte, espera tranquilamente el perpetuo renovamiento de sus días. Todo va pasando á su vista, sólo él permanece sosegado hasta que Dios tenga á bien coronar con la gloria de sus supremas revelaciones su vida inmortal y sin mancha (3).

Toda esta vida es una contemplación, mientras su poderosa y noble inteligencia, libre de los sentidos, se eleva rápidamente de lo perecedero á lo eterno, de lo mudable á lo inmutable, de lo finito á lo infinito. El no ve aún la esencia divina cuya intuición le está prometida, ni los coros angélicos que acompañan á la majestad santísima de Dios; pero penetra tan vivamente con la vista del alma las criaturas que llevan impresas las perfec-

enim potest esse quod effectus sit potior quam causa. (Summ. theol. I p. quaest. 95 a. 1.)

Algunos autores han pretendido que la integridad de la naturaleza ha precedido á la gracia, la cual no fué dada á Adán hasta poco antes del pecado. El Concilio Tridentino, no queriendo resolver la cuestión, se ha servido en su definición de la palabra *constitutus*, en lugar de *creatus*. «Si quis non constituitur primum hominem Adám, cum mandatum Dei in paradiso fuerit transgressus, statim sanctitatem et iustitiam in qua constitutus fuerat amisisse, anathema sit. (Sess. 5 can. 1.)» La opinión de Santo Tomás es la más general y la más conforme al lenguaje de la Escritura.

(1) Cf. Summ. theol. I p. quaest. 97. a. 1. Utrum homo in statu innocentiae indigebat cibis?

(2) Cf. Ibid. a. 4. Utrum homo in statu innocentiae per lignum vitae immortalitatem consecutus fuisset?

(3) Cf. Ibid. a. 2. Utrum homo in statu innocentiae fuisset passibilis? a. 1. Utrum homo in statu innocentiae fuisset immortalis?

ciones de Dios; posee una tan grande fuerza de reconcentración para descubrir y estudiar en sí mismo la imagen y semejanza de su Creador (1), como también las afinidades de su espíritu con los espíritus superiores, que mucho mejor que todos los filósofos y teólogos conoce los esplendores del mundo invisible (2).

Semejante á esas mágicas iluminaciones que anuncian á nuestros ojos asombrados la apertura de una grande solemnidad, su inteligencia domina de un golpe la ciencia sin que le sean necesarios largos estudios ni experiencias. Todo lo que el hombre puede llegar á saber, lo aprende él del padre de las luces. Por la vía rápida de la inspiración, y sin el trabajo del análisis, posee en un momento la síntesis de los conocimientos humanos. Leyes del universo, secretos de la naturaleza, esencia y propiedades de los seres, géneros, especies, principios del orden intelectual y moral, conclusiones inmediatas y remotas, nada se le oculta. A estos conocimientos añade Dios la revelación de los misterios de su vida y de su gobierno espiritual. Su magnífica bondad no puede ocultar nada á aquel que ha de instruir y gobernar la humanidad naciente, y que aun en caso de desgracia, hará vivir las generaciones primitivas de esa misma ciencia. Como primer padre del género humano, Adán goza de toda la plenitud de la vida; como primer doctor, es justo que goce también de la perfección de la sabiduría. El es el más grande de los sabios. A pesar de esto, aún puede adquirir más, y gozarse en los encantos que produce cada descubrimiento de una verdad. En este

(1) Cf. Summ. theol. I p. quaest. 94. a. 1. Utrum primus homo per essentiam Deum videret?

(2) Cf. Summ. theol. I p. quaest. 94. a. 2. Utrum Adám in statu innocentiae angelus per essentiam videret?

camino de progreso él marcha con paso seguro, pues que mientras su voluntad permanezca sumisa á Dios, nada hay por qué temer el error. La imaginacion que trastorna nuestros juicios, sabe él sujetarla y hacer prevalecer sobre sus sueños las luces puras de la razon: la precipitacion es ignorada de su prudencia, que se mantiene humilde y tranquila en los umbrales de lo desconocido (1).

Perfecto en su inteligencia, no lo es ménos en su voluntad, la cual sigue sin oposicion los consejos de la conciencia y obedece dócilmente á los toques de la gracia. Amar el bien supremo sobre todos los otros bienes, le es tan fácil como el respirar. Ninguna pasion detiene el natural movimiento de su corazon hácia Dios, ni embaraza sus pasos en el camino de las virtudes. Tan firme como ilustrado, su libre albedrío reina soberanamente sobre los apetitos del alma y de la carne. Si deja á la pasion obrar en alguna de sus acciones, es para hacer más deliciosas las alegrías espirituales, más profundo su santo amor del bien y de la justicia, más vivas sus religiosas esperanzas (2); y si no tiene el mérito de una lucha costosa, tiene el que la prontitud y la fuerza del amor dan á los actos perfectos (3).

Tal es en su persona el jefe de la humanidad. Sus relaciones con Dios y con las criaturas llevan el sello de su grandeza y de su inocencia.

En todas las figuras de este mundo no halla el Creador bastantes encantos con que hacer feliz la vida del hijo de su amor. Al declinar

(1) Cf. Summ. theol. I p. quest. 94. a. 3. *utrum primus homo haberet scientiam omnium?* a. 4. *Utrum homo in primo statu decipi possit?*

(2) Cf. *Ibid.* quest. 95. a. 2. *Utrum in primo homine fuerint passiones?*

(3) Cf. *Ibid.* quest. 95. *Utrum opera primi hominis fuerint minus efficacia ad merendum quam opera nostra?*

la tarde, cuando la brisa es deliciosa como el perfume de las flores, Dios hace oír en la soledad del Eden su paso majestuoso y su grande voz (1). Se acerca revestido de formas misteriosas cuyo resplandor eclipsa toda belleza criada, visita á nuestro primer padre y le invita á las dulces confidencias, á las tiernas expansiones. Adán le pregunta, Dios le enseña; Adán le ruega, Dios le escucha; Adán le adora y le da gracias, y Dios le bendice. ¡Familiaridad santa que no es todavía la union bienaventurada del cielo, pero que la prepara elevando el alma á las cosas de lo alto: comercio sagrado, que más tarde no será conocido sino por las almas perfectas, aunque nunca con la intimidad del paraíso!

Honrado con las visitas del Señor, Adán se siente más dueño de las criaturas. Ellas son suyas, porque así lo pide el orden de las cosas, y Dios se digna consagrar con un mandato su real dominacion. Mas el padre de los hombres es un rey pacífico. Cuanto impone su grandeza, tanto atrae su inocencia, y los animales se llegan sin temor á sus piés. De un golpe de vista penetra su naturaleza, y da á cada uno el nombre que le conviene (2). El los llama, los

(1) *Cum audissent vocem Domini Dei desambulantis in paradiso ad auram post meridiem.* (Genes., cap. III. 8.) Segun este texto, se puede creer que Dios acostumbraba visitar á nuestros primeros padres en el paraíso. Despues del pecado ellos se esconden al oír el paso y la voz de Dios: antes del pecado salian á su encuentro.

(2) *Formavit igitur Dominus Deus, de humo cunctis animantibus terrae et universis volatilibus caeli, addavit ea ad Adam ut videret quid vocaret ea: omne enim quod vocavit Adam anima viventis, ipsum est nomen eius. Appellavitque Adam nominibus suis cuncta animantia, et universa volatilia caeli et omnes bestias terrae.* (Genes., cap. II. 19, 20.)

Cf. Summ. theol. I p. quest. 96. a. 1. *Utrum Adam in statu innocentiae animantibus dominaretur?* a. 2. *Utrum homo habuisset dominium super omnes alias creaturas?*

acaricia, y los despide. Todos sienten el encanto de su presencia y de su voz, y amansan, por darle gusto, su fiereza y duras pasiones (1); nada le temen, porque él no sabe más que mandar. Por más que la naturaleza le sea generosa, el hombre debe ser diligente é industrioso en corregir por su mano las imperfecciones que de propósito ha dejado Dios en su obra. Adán está sometido á la santa ley del trabajo, trabajo desinteresado que pide el deber y no la necesidad, el sentimiento de lo bello y no la codicia; trabajo agradable con que se ejercita el cuerpo sin fatigarse; trabajo inteligente que dirige las fuerzas conocidas de la naturaleza en vez de luchar con fuerzas ignoradas; trabajo sábiamente ordenado, que no impide el deber piadoso de la contemplacion (2).

Para secundar el trabajo de Dios, Adán tiene el encargo de guardar el lugar de delicias donde pasa su vida. *Posuit cum Dominus in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.* (3) ¿Para quién lo guarda? Para su posteridad; porque bien pronto será padre. No os imaginéis, como ciertos autores demasiado preocupados de nuestras miserias, que Dios por respeto á la inocencia de nuestros primeros padres, va á renovar en cada individuo de la humanidad el grande acto de la creacion. Esto no es razonable, dice Santo Tomás. En todo estado es una honra comunicar la vida y asemejarse de esta suerte al principio de toda existencia. La humanidad es una especie, y la especie tiene sus leyes de multiplicacion cuyo

(1) Cf. *Ibid.* quaest. 102. a. 3. *Utrum homo sic positus in paradiso ut operaretur et custodiret illum?*

(2) *Genes.*, cap. II, 15.

(3) Cf. *Ibid.* quaest. 102. a. 3. *Utrum homo sit positus in paradiso ut operaretur et custodiret illum?*

cumplimiento ha consagrado y santificado Dios con su bendicion. En virtud de aquellas palabras pronunciadas sobre toda vida: *Crescite et multiplicamini, et replete terram.* Adán será padre sin que sea necesaria la intervencion milagrosa de Dios en la efusion de su sangre. Pero escuchad, señores, esta candorosa y adorable expresion de la Escritura: «Adán y su esposa estaban desnudos y no por eso tenían vergüenza:» *Erat autem uterque nudus Adam scilicet, et uxor ejus et non erubescerant* (1). La carne no ofrece, pues, á sus ojos más que los atractivos de la casta hermosura de que Dios la ha adornado en su creacion. Ellos ignoran sus rebeliones y sus placeres criminales. Todo es santo para estos hijos de Dios, que deben multiplicar la gracia al mismo tiempo que la vida (2).

Aunque sus hijos tengan, al nacer, la tierna delicadeza del niño, no sufrirán por eso las enfermedades del mortal (3). Aunque se vean precisados á esperar la robustez de la voz con que muy pronto cantarán el himno de sus pensamientos; á su tiempo, sin embargo, recibirán la plena luz de una ciencia perfecta, y no temerán que el error se confunda con las verdades prontamente adquiridas y hechas su propiedad intelectual (4). Y si no nacen impecables, serán, desde el primer momento de su

(1) *Genes.*, cap. II, 25.

(2) Cf. *Summ. theol.* I. p. quaest. 98. a. 1. *Utrum in statu innocentiae fuisset generatio?* a. 2. *Utrum in statu innocentiae fuisset generatio peccatum?*

(3) Cf. *Ibid.* quaest. 99. a. 1. *Utrum pueri in statu innocentiae mox nati virtutum perfectam habuissent ad motum membrorum?*

(4) Cf. *Summ. theol.* I. p. quaest. 100. a. 1. *Utrum in statu innocentiae pueri nati fuissent in scientia perfecti?* a. 2. *Utrum pueri mox nati habuissent perfectum usum rationis?*

libre albedrio (1). En fin, para resumir en pocas palabras el pensamiento de esta Conferencia: La humanidad toda entera se halla en Adán en el estado de santidad y de integridad.

Vosotros miráis en derredor vuestro, os preguntáis á vosotros mismos, y parece que me decís si finjo ilusiones. No, señores, cuento una historia. Cierto es que todo parece contradecir esta historia; la muerte, que corta una en pos de otra tantas generaciones, nuestras miserias, nuestras enfermedades, nuestras dolencias, nuestros errores, nuestras pasiones, nuestras faltas, nuestros crímenes: pero todo tiene su explicación en un acontecimiento que ha desfigurado la humanidad en su mismo principio. Pronto hablaremos de él. Por hoy, convengamos en esta importante verdad: De un extremo al otro del mundo, los hombres, hijos de un mismo padre, están unidos por la doble fraternidad de la sangre y de la desgracia.

Esta verdad, proclamada altamente y en todo tiempo por la Iglesia, ha hecho brotar de su seno heroicos sacrificios. Allí donde los sacrificios son imposibles, ha avivado el fuego sagrado de la oración y ha abierto los tesoros de la limosna. Ante el Verbo encarnado, muerto por la salud del mundo, el más despreciado, el más vil de los salvajes es á los ojos de un cristiano cuanto puede ser el ciudadano más encumbrado. El cristiano no canta, como los pretendidos amantes de la humanidad, en las calles y en las plazas: Los pueblos son nuestros hermanos, nuestros hermanos...! pero en lo interior de su corazón siente vibrar dolorosamente las fibras de su amor fraternal cuan-

(1) Cf. *Ibid.* *quest.* *roo.* *a.* *1.* *Utrum homines fuissent nati cum iustitia?*
3. a. 2 Utrum pueri in statu innocentiae nati fuissent in iustitia confirmati?

do se acuerda de las naciones sentadas aún entre sombras de muerte. El cristiano no clama locamente por el universal y execrable triunfo de la libertad sobre las ruinas de todo poder; pero quisiera que la humanidad entera se viese libre del vergonzoso cautiverio del pecado. El cristiano no pretende inocular en todos los pueblos el virus de la revolución y hundirlos en una comun impiedad; pero si él pudiera, los bañaría todos en la sangre de Jesucristo y llevaría hasta los polos del mundo los beneficios de la encarnación reparadora.

CONFERENCIA XXVII.

LA CAIDA.

EMINENTÍSIMO SEÑOR, MONSEÑORES (1), SEÑORES:

Antes de terminar nuestra última conferencia, hemos hecho ver, á la vez que el estado glorioso y feliz en que fué criado nuestro primer padre, el abatimiento y las miserias presentes de la humanidad. ¿De dónde ese abatimiento y esas miserias? ¿Acaso Dios, arrepentido de lo hecho y celoso de nuestra perfeccion, ha cerrado la fuente de sus beneficios? No, señores, no. No debemos inculpar á Dios nuestra ruina. Adán perseverando, podia transmitirnos los dones que habia recibido de Dios. Su inmortal gloria debia consistir en ver multiplicarse su santidad y sus prerogativas en toda la posteridad. Mas esta trasmision hubiera sido sin honra si dependiese de las leyes necesarias á que están sometidos los seres sin razon. El hombre debia poner en ello todas sus facultades, y especialmente la que es señora de sus

(1) Su Eminencia el cardenal Guibert, Mons. Beccel, obispo de Vannes, y Mons. Ravinet, antiguo obispo de Troyes.